

Manuel Vázquez Montalbán:
La literatura en la construcción de la
ciudad democrática.

Ensayo.

Barcelona: Mondadori 2001

A MANERA DE EPÍLOGO PARA ESCRITORES JÓVENES
QUE EMPIEZAN A DEJAR DE SERLO

Los juicios de valor deben estar sometidos al veto de los cambios de la historia del gusto. Todas las épocas son incorrectas con su gusto. Con el cambio de época cambian también los cánones del gusto. Todo cambio positivo que rescate a un escritor preterido es bueno.

Northrop Frye,
Conversación con David Cayley

Si hay una estampa intelectual antipática es la del *senior* que ejerce como tal y se dispone a sancionar una situación que ya no le afecta, aunque le haya afectado. Por eso escribo con la punta de los dedos una reflexión sobre los problemas editoriales de los escritores jóvenes, desde la conciencia de que yo casi no tengo problemas editoriales y de que ya no pertenezco a ese confuso colectivo de los *escritores jóvenes*, aunque en España te llamaban escritor joven hasta que estabas a punto de cumplir los cincuenta, luego te daban un margen de cinco años para examinarte más críticamente y si superabas la barrera de los cincuenta y seis entrabas en la categoría del maestro inevitable, capaz de haber superado todos los obstáculos de instalación, a esperar ya la vejez y el premio Cervantes. En cierta ocasión le comenté a Juan García Hortelano lo bien que le trataba últimamente la crítica y me contestó: «Es que ya he cumplido los cincuenta y seis».

Reflexiono, pues, sobre el mercado cultural de la España democrática y percibo una contradicción lógica entre la teoría y la práctica de la libertad de escribir, marcada por el juego de la oferta y la demanda. Las editoriales, como los sexos, se dividen en tres: las que con los beneficios construyen ocho pisos; las que con los beneficios permiten vivir decentemente a una familia típica o atípica de dos o tres miembros y a un chico de los recados; y, finalmente, esas editoriales de distribución semiclandestina, hijas del voluntarismo o del oportunismo literario. No es una tipología nueva. Responde a lo que ha dado de sí la industria y el comercio del libro en España y en todo el mundo capitalista, es decir, ya casi en todo el mundo, en los últimos treinta años, aunque factores derivados de la crisis económica hayan modificado pautas de conducta tradicionales.

Las editoriales gigantes editan mucho, para girar mucho, y sobre seguro. Las editoriales «familiares», en las que incluso el autor y el editor se sienten como en familia, editan menos pero más de lo que según su propio criterio deberían editar y cada vez más sobre seguro, aunque se sienten culpables, arrojados de la idea platónica de la belleza editorial empresarial para degustadores exquisitos. En cuanto a las terceras editan lo que pueden y, en ocasiones, piden ayuda económica al autor, directa o indirecta. Hace veinticinco años las cosas estaban más o menos igual, aunque reduciendo a escala las tres estaturas. El panorama no era demasiado esperanzador para un joven autor y sólo en la *década prodigiosa* que va de 1965 a 1975, en este país se editó casi todo lo susceptible de editarse, porque se produjo una cierta armonía entre las tres estaturas industriales y la capacidad consumidora de un mercado aún no sobreexcitado. En la actualidad, el autor joven casi nada puede esperar de las grandes editoriales, a no ser que su código estético coincida con el del lector o lectores a los que el director literario destine su obra y admitiendo que a veces la regla es confirmada por la excepción: por ejemplo, un escritor de veintiséis años acaba de ganar el premio económicamente mal dotado de España, pero a costa de parecer un

joven física y estilísticamente viejo, incluso de pronunciar sentencias de joven literariamente correcto, por ejemplo: «¡Qué grandes maestros fueron los del 98! ¡No les llegamos ni a la suela del zapato!». Esperemos que este chico envejezca mejor de lo que ha rejuvenecido.

El pluralismo estético que encauza el gusto fin de siglo, la imposibilidad del canon, convierte el equipo de lectores profesionales de una gran editorial en un intelectual orgánico colectivo al servicio del sincretismo: si te cae en suerte el que lee como tú escribes, miel sobre hojuelas, si no, le acompaña en el sentimiento. De las editoriales familiares o medias habrá que esperar una lectura más a la medida, menos *prêt-à-porter*, pero muchas veces se recibe un trato de sectarismo estético según la tribu gustativa que dirige el cotarro lector y después, cada día más, se ha de pasar igualmente por un filtro comercial. En cuanto a las terceras son peligrosas porque pueden hacer de tu obra un monumento estético clandestino, que a lo peor sólo leen aquellos a los que tú distribuyas los mil ejemplares que te has de quedar. Nunca se puede generalizar del todo y, en ocasiones, el autor recibe un trato cariñoso y receptivo, pero eso depende muchas veces del encanto del propio escritor. Sobre los escritores encantadores no hay casi nada escrito y no debemos aplicar generalizaciones industriales, del mismo modo que siempre se ha de reservar un apartado para el posible papel de la identificación sexual o parasexual en las relaciones del mundo de la cultura, tan sensible a las complicidades estéticas por las vías más privadas del espíritu.

Insisto en que, salvo en un aumento del frenesí publicador y de la prudencia, el cuadro es sensiblemente parecido al de hace años. Tampoco está ni mejor ni peor el de la crítica como sostén o no de nuevas promociones. En España casi no existen medios críticos válidos y la crítica periodística, salvo contadísimas excepciones, se divide entre partidarios de los socorros mutuos, seguidores de las sectas intocables y guardianes de los códigos herméticos más selectos y un reducido grupo de comunicadores de lo que se ha publicado, honra-

damente aplicados a transmitir una lectura descodificadora. Pocos críticos se toman la molestia de enfrentarse a un nuevo libro como si no hubieran leído nunca nada, única manera de poder ejercer la crítica sesenta años después de la consagración, casi coincidente en la década, de Proust, Joyce, Kafka y Dashiell Hammett. Entre 1975 y 1985, los críticos más establecidos, temerosos de que se les escapara el control del canon, se dedicaron a hacer selecciones nacionales de novelistas para el equipo A y para el *subveintiuno*, arriesgando el juicio de quiénes serían los escritores españoles *mejor colocados*, como los caballos, para el Gran Derby fin de milenio. Pero invito a los escritores veteranos o promesas a que no se dejen afectar, tanto si salen como si no salen en el *hit parade* de la crítica o en las antologías poéticas, normalmente utilizadas como ángeles exterminadores de poetas enemigos, desafectos al gusto del antologizador, normalmente un sujeto que pasará a la historia de la literatura sólo por las exclusiones que perpetró. Aquellos que hayan sido seleccionados ahora es posible que no sean convocados para los campeonatos del mundo del 2002 y si no lo han sido, que no desespere, porque los criterios de selección pueden variar en los próximos sesenta años que les quedan como esperanza de escritura.

Es decir, abandonados a la literatura libre en el mercado libre, el panorama ni ha sido, ni es, ni será nunca *a priori* fácil. Publicar no es fácil y triunfar, es decir, conseguir ser alto, rubio, rico y guapo gracias a la literatura, es un azar quebradizo y a la larga sólo quiere decir conseguir alguna comunión con el lector o lectora que puede llegar al extremo de intercambiar el número telefónico. Y finalmente, la escritura es un acto solitario que alguien emprende frente a una página en blanco y que otro asume frente a esa página escrita. Son dos soledades que a veces se complementan. Todo lo demás es futuro imperfecto. Edmund Wilson, en la conferencia «La interpretación histórica de la literatura», pronunciada en Princeton en 1940 (publicada en español en *SUR*, 1957), se planteaba como distinguir en el arte o la literatura lo bueno